Del casino fueron recogiendo gente en las casas desocupadas que no eran de las peores y estas familias, tan cuidadosas en sus pobrísimos hogares que con cuatro botes de tomate y un cubo de cal, tienen sus casas tan blancas y florecidas, tuvieron que meterse en las habitaciones más lujosas y ponerse a guisar en el suelo sin chimeneas para salir los humos y durante mucho tiempo, que lo dejaron todo negro y se crearon una fama injusta de personas abandonadas y harapientas, que era lo contrario de lo que les correspondía, pues otra masa humana de diferentes hábitos y costumbres, hubiera sido mucho peor, porque dentro de aquella promiscuidad y de una falta casi absoluta de recursos, se pudieron apreciar las buenas cualidades del personal andaluz, una vez pasados aquellos momentos primeros de confusión e incertidumbre en los que nadie sabía qué hacer con tanta gente ni como atender a su subsistencia. El paseo parecía haber recobrado su antiguo esplendor, de superabundante población y ruido pero sin vitalidad, porque todas las caras reflejaban el hastío, la penuria y la tristeza, pendiente siempre de los rumores circulantes, comentados entre los viandantes. Se guisaba en el santo suelo, pero también se dormía en él y acompañados de otras personas desconocidas aunque fraternizadas por la desgracia y unidas por un sentimiento común de repulsa hacia las situaciones o disposiciones que les obligaban a permanecer acinados como la leña por tiempo indefinido, una familia en cada rincón y otras en medio de cada local.

Les era difícil a estas personas comunicarse con nadie ni dentro ni fuera de la localidad y se les veía indecisos, dando vueltas sin objeto por las esquinas de las calles céntricas.

Después se ha hablado mucho de las amarguras de los desterrados, pero el espectáculo de los evacuados es el más deprimente y angustioso que he conocido, incomprendidos por todo el mundo y sin poder ser atendidos por nadie.

De la observación de unos y otros se saca la consecuencia de que no es aconsejable el abandono de la casa propia por duras que sean las circunstancias. Bienvenida sea la muerte pero luchando, no como los conejos perseguidos por los perros.

III

De otras guerras nuestras se saben cosas espeluznantes, de tanta crueldad como la de quitarse el engorro de transportar los heridos quitándoles la vida y para no gastar municiones pasarlos a cuchillo, haciendo igual con los prisioneros de uno y otro bando, porque ninguno daba cuartel, aún habiendo pactado el respeto a las vidas al acordar las rendiciones.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Hombres, lugares y cosas de La Mancha. N.º 51, 1/3/1983.